

As de corazones picados

FERNANDO MARÍAS ESCRITOR

El autor relata su lectura de «una historia sobre exiliados argentinos tras el asalto al poder del asesino a sueldo Videla y sus pistoleros», una obra que tiene «la valentía de aventurarse sin brújula en los rincones oscuros del alma» y en la que percibe «gran literatura emocionante, ajena a géneros y etiquetas»

Cuidado! ¡Corren ustedes el peligro, el grave peligro, de perderse una novela excepcional! Está ahora mismo en las librerías, y la causa del probable desapercibimiento es su clasificación como novela negra, ese género al que desde algunos estrados literarios se considera menor, frívolo e indigno de ser escuchado. Precisamente por ello me atrevo a insistir, les pido que lean de nuevo el arranque de este artículo.

Pero antes de darles el soplo sobre el título y su autor comencemos, como en tantas novelas negras, por el principio...

...Me encontraba en Asturias. Era un soleado día de mediados de mayo, uno de esos que hace chisporrotear el corazón de la gente animosa y feliz. Pero yo tenía asuntos graves en la cabeza. Había seis nombres escritos en el sobre lacrado que guardaba en el bolsillo, y de ellos, tras la reunión de jueces implacables a la que me disponía a sumarme, solo quedaría uno.

Abrí la puerta de la lonja abandonada en la que nos habíamos citado. No había nadie a la vista. Me inquieté. ¿Mis cómplices se retrasaban o alguien los había liquidado y bailaban ahora con los peces?

Entonces oí el chasquido metálico, justo a mi espalda. Me di la vuelta. Frente a mí estaba Paco Ignacio Taibo II. Acababa de abrir un bote de refresco de cola con uno de esos golpes que lo han hecho famoso en el mundo del hampa: seco, preciso y mortal. Bebí un sorbo y me indicó con un gesto que le siguiera en silencio. Cruzamos otra puerta y accedimos a una sala oculta, en cuyo centro había una mesa circular iluminada mentalmente por una bombilla única. Los demás compañeros se hallaban ya en sus asientos. Podría ser una partida clandestina de póquer, pero no había tapete verde, ginebra adulterada ni baraja a la vista, tampoco pasta. Nos sentamos. En total éramos seis. Cinco hombres -Raúl Argemí, Justo Vasco y Fernando Martínez Lainez, aparte de Paco y de mí- y, como en algunas partidas de póquer, una sola mujer: Aranzazu Sumalla, jefa del gang y representante de nuestro cliente sin rostro, un tal Mister Umbriel.

¿La misión? Ir eliminando nombres del sobre lacrado hasta que quedase sólo uno, que sería nombrado ganador del primer Premio de Novela Negra Umbriel-Semana Negra.

Ser jurado de un premio literario no es tan divertido como podría parecer a primera vista. En demasiadas ocasiones, si uno es riguroso, hay que analizar textos cuya falta de interés se evidencia en las primeras páginas. Pero en este caso fue distinto, gratamente distinto. Todos coincidimos en comentar que habíamos leído con ganas, con verdadera pasión de aficionado al género, las seis novelas finalistas. Cualquiera de ellas era digna de ser publicada. Sin embargo, nos habían contratado para elegir la mejor, y alrededor de aquella mesa fueron cayendo manuscritos uno a uno, sin piedad. Al final quedaron dos. Dada su calidad, alguien propuso otorgar ex-aequo el premio, pero las bases eran tajantes sobre la indivi-



JESÚS FERRERO

sibilidad del mismo... Por último, optamos con verdadero dolor por eliminar a la que, una vez abierta la plica, resultó ser 'La miel y el cuchillo', de Julián Ibáñez. Las dos primeras páginas, se lo advierto tanto si son amantes del género como si no, son adictivas. Si las leen, sentirán el deseo irreducible de seguir. Y no se arrepentirán.

Pero ahora pasemos a la novela que no deben perderse.

Se llama 'Papel picado' y su autor es Rolo Díez, un argentino escasamente conocido en nuestro país, aunque publica con éxito en Europa.

Si nos obligamos a redactar una sinopsis al uso, se trata de una historia sobre exiliados argentinos tras el asalto al poder del asesino a sueldo Videla y sus pistoleros. Los personajes son, por un lado, la pareja de represaliados formada por Mariana y El Negro y, por otro, el verdugo sin entrañas ni ideología que los acosó y torturó, Cesare. Los primeros huyen por Europa y América buscando un lugar donde sentirse a salvo y, acaso algún día, vislumbrar como verosímil, y tal vez no por completo inalcanzable, la posibilidad de volver a empezar. Durante el periplo, el torturador se cruzará dramáticamente en su camino. Mientras, el autor nos relata mediante saltos atrás hipnóticos y feroces, matizados por un ocasional e inclassificable sentido del humor, la relación cruel que, enmarañando al trío, lo encarrilará hacia un desenlace que en apariencia sólo puede ser trágico. Hasta aquí, pues, nada particularmente nuevo: nada más -ojo, y nada menos- que una novela política y negra escrita con la intensidad de la rabia legítima. Rolo Díez desentiera a dentelladas el recuerdo de los muertos sin tumba, pero la grandeza de 'Papel picado' -y su universalidad- no proviene del afán de ajuste de cuentas con la historia, sino de la valentía de aventurarse sin brújula en los rincones oscuros del alma... Y es aquí, cuando las primeras páginas de la novela han descrito ya personajes y situaciones y se adentran en su verdadera esencia, donde conviene que el lector de 'Papel picado' se ciña el cinturón de seguridad. Porque entonces surge poco a poco, casi imperceptiblemente, el auténtico hallazgo del libro: la


terrorífica relación de Cesare con la mujer que odia/ama, su víctima Mariana.

Una de las escenas más arrebatadoras de toda la historia del cine es, sin duda, la secuencia final de 'Duelo al sol', de King Vidor. Resulta difícil desdibujar la imagen de la memoria: Gregory Peck y Jennifer Jones, amantes tan irremediables como enemigos irredentos, se tirotean bajo el sol del desierto y, heridos ambos, aún hallan fuerzas para arrastrarse uno hacia el otro y morir fundidos en un último abrazo. Durante años la escena me resultó tan fascinante como difícil de catalogar y comprender -¿así puede ser el amor, sublime y venenoso a la vez?-, y todavía hoy, transcurridos muchos años y mucha vida, me hipnotiza e inquieta ese beso irreprimible que los amantes optan por elegir como despedida del mundo que no los quiere y umbral del infierno que les espera con los brazos abiertos.

Pues bien: una fuerza narrativa asombrosamente parecida, aunque a la vez por completo distinta, anima la pasión extremista, inclassificable y por supuesto, no compartida de Cesare hacia Mariana. Deseo sexual furibundo, obscenos miedos primitivos y autodestructiva ira irracional se dan cita en el corazón del verdugo, y la exploración de esos sentimientos acaba por arrojar el retrato de un personaje mezquino y repulsivo, espeluznantemente humano, frente al cual crece y crece una heroína memorable... Al contrario de lo que ocurre en el cine, es muy difícil sentir el impulso de aplaudir leyendo un libro. Sin embargo, yo casi he deseado hacerlo en la secuencia del avión, esa especie de 'duelo final' entre los dos personajes donde, a base de pura fuerza literaria, cada uno tiene lo que se merece... y el lector casi salta en su asiento. ¿Quién será Mariana?, nos preguntamos al concluir. ¿Existirá realmente? Yo sospecho que sí... Y nos gustaría conocerla, puesto que tras leer la novela sabemos que nunca abandonará nuestros corazones. Nos gustaría verificar que existe, puesto que tras leer 'Papel picado' la amamos para siempre.

Gran literatura emocionante, ajena a géneros y etiquetas. Literatura de Rolo Díez, que vivió y sufrió lo que cuenta y al final, ha condenado a los verdugos con el peso inapelable de su palabra.

Tampoco él abandonará nunca nuestros corazones.

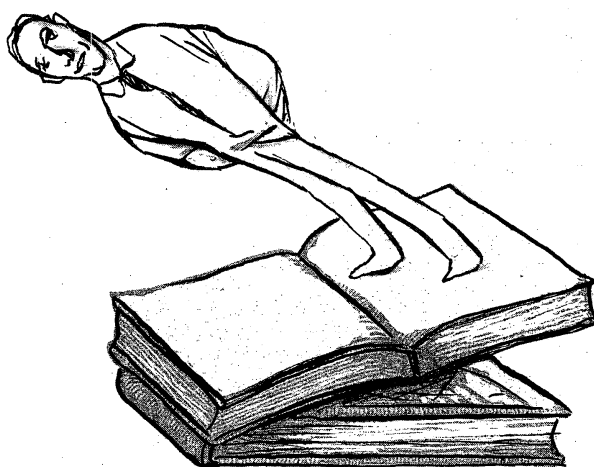
EL COMERCIO	Tirada: 40.853	Sección: -	
	Difusión: 34.210 (O.J.D)	Espacio (Cm_2): 715	
Asturias General	Audiencia: 119.734 (E.G.M)	Valor (Ptas.): 235.157	Valor (Euros): 1.413,32
Diaria	24/08/2003	Página: 52	Imagen: Si

As de corazones picados

FERNANDO MARÍAS ESCRITOR

¡CUIDADO! ¡Corren ustedes el peligro, el grave peligro, de perderse una novela excepcional! Está ahora mismo en las librerías, y la causa del probable desapercibimiento es su clasificación como novela negra, ese género al que desde algunos estrados literarios se considera menor, frívolo e indigno de ser escuchado. Precisamente por ello me atrevo a insistir, les pido que lean de nuevo el arranque de este artículo. Pero antes de darles el soplo sobre el título y su autor comencemos, como en tantas novela negra, por el principio... Me encontraba en Asturias. Era un soleado día de mediados de mayo, uno de esos que hace chisporrotear el corazón de la gente animosa y feliz. Pero yo tenía asuntos graves en la cabeza. Había seis nombres escritos en el sobre lacrado que guardaba en el bolsillo, y de ellos, tras la reunión de jueces implacables a la que me disponía a sumarme, solo quedaría uno. Abrí la puerta de la lonja abandonada en la que nos habíamos citado. No había nadie a la vista. Me inquieté. ¿Mis cómplices se retrasaban o alguien los había liquidado y bailaban ahora con los peces? Entonces oí el chasquido metálico, justo a mi espalda. Me di la vuelta. Frente a mí estaba Paco Ignacio Taibo II. Acababa de abrir un bote de refresco de cola con uno de esos golpes que lo han hecho famosos en el mundo del hampa: seco, preciso y mortal. Bebió un sorbo y me indicó con un gesto que le siguiera en silencio. Cruzamos otra puerta y accedimos a una sala oculta, en cuyo centro había una mesa circular iluminada cenitalmente por una bombilla única. Los demás compañeros se hallaban ya en sus asientos. Podría ser una partida clandestina de póquer, pero no había tapete verde, ginebra adulterada ni baraja a la vista, tampoco pasta. Nos sentamos. En total éramos seis. Cinco hombres -Raúl Argemí, Justo Vasco y Fernando Martínez Lainez, aparte de Paco y de mí- y, como en algunas partidas de póquer, una sola mujer: Aranzazu Sumalla, jefa del gang y representante de nuestro cliente sin rostro, un tal Mister Umbriel. ¿La misión? Ir eliminando nombres del sobre lacrado hasta que quedase sólo uno, que sería nombrado ganador del primer Premio de Novela Negra Umbriel-Semana Negra.

Ser jurado de un premio literario no es tan divertido como podría parecer a primera vista. En demasiadas ocasiones, si uno es riguroso, hay que analizar textos cuya falta de interés se evidencia en las primeras páginas. Pero en este caso fue



JOSÉ IBARROLA

distinto, gratamente distinto. Todos coincidimos en comentar que habíamos leído con ganas, con verdadera pasión de aficionado al género, las seis novelas finalistas. Cualquiera de ellas era digna de ser publicada. Sin embargo, nos habían contratado para elegir la mejor, y alrededor de aquella mesa fueron cayendo manuscritos uno a uno, sin piedad.

Al final quedaron dos. Dada su calidad, alguien propuso otorgar ex-aequo el premio, pero las bases eran tajantes sobre la indivisibilidad del mismo... Por último, optamos con verdadero dolor por eliminar a la que, una vez abierta la plica, resultó ser 'La miel y el cuchillo', de Julián Ibáñez. Las dos primeras páginas, se lo advierto tanto si son amantes del género como si no, son adictivas. Si las leen, sentirán el deseo irreducible de seguir. Y no se arrepentirán. Pero ahora pasemos a la novela que no deben perderse. Se llama 'Papel picado' y su autor es Rolo Díez, un argentino escasamente conocido en nuestro país, aunque publica con éxito en Europa. Si nos obligamos a redactar una sinopsis al uso, se trata de una historia sobre exiliados argentinos tras el asalto al poder del asesino a sueldo Videla y sus pistoleros. Los personajes son, por un lado, la pareja de represaliados formada por Mariana y El Negro y, por otro, el verdugo sin entrañas

ni ideología que los acosó y torturó, Cesare. Los primeros huyen por Europa y América buscando un lugar donde sentirse a salvo y, acaso algún día, vislumbrar como verosímil, y tal vez no por completo inalcanzable, la posibilidad de volver a empezar. Durante el periplo, el torturador se cruzará dramáticamente en su camino. Mientras, el autor nos relata mediante saltos atrás hipnóticos y feroces, matizados por un ocasional e inclasificable sentido del humor, la relación cruel que, emmarañando al trío, lo encarrilará hacia un desenlace que en apariencia sólo puede ser trágico. Hasta aquí, pues, nada particularmente nuevo: nada más -jojo, y nada menos!- que una novela política y negra escrita con la intensidad de la rabia legítima. Rolo Díez desentierra a dentelladas el recuerdo de los muertos sin tumba, pero la grandeza de 'Papel picado' -y su universalidad- no proviene del afán de ajuste de cuentas con la historia, sino de la valentía de aventurarse sin brújula en los rincones oscuros del alma... Y es aquí, cuando las primeras páginas de la novela han descrito ya personajes y situaciones y se adentran en su verdadera esencia, donde conviene que el lector de 'Papel picado' se cifa el cinturón de seguridad. Porque entonces surge poco a poco, casi imperceptiblemente, el auténtico hallazgo del

libro: la terrorífica relación de Cesare con la mujer que odia/ama, su víctima Mariana. Una de las escenas más arrebatadoras de toda la historia del cine es, sin duda, la secuencia final de 'Duelo al sol', de King Vidor.

Resulta difícil desdibujar la imagen de la memoria: Gregory Peck y Jennifer Jones, amantes tan irremediables como enemigos irredentos, se tirotean bajo el sol del desierto y, heridos ambos, aún hallan fuerzas para arrastrarse uno hacia el otro y morir fundidos en un último abrazo. Durante años la escena me resultó tan fascinante como difícil de catalogar y comprender -¿asi puede ser el amor, sublime y venenoso a la vez?-, y todavía hoy, transcurridos muchos años y mucha vida, me hipnotiza e inquieta ese beso irreprimible que los amantes optan por elegir como despedida del mundo que no los quiere y umbral del infierno que les espera con los brazos abiertos.

Pues bien: una fuerza narrativa asombrosamente parecida, aunque a la vez por completo distinta, anima la pasión extremista, inclasificable y, por supuesto, no compartida de Cesare hacia Mariana. Deseo sexual furibundo, obscenos miedos primitivos y autodestructiva ira irracional se dan cita en el corazón del verdugo, y la exploración de esos sentimientos acaba por arrojar el retrato de un personaje mezquino y repulsivo, espeluznantemente humano, frente al cual crece y crece una heroína memorable... Al contrario de lo que ocurre en el cine, es muy difícil sentir el impulso de aplaudir leyendo un libro. Sin embargo, yo casi he deseado hacerlo en la secuencia del avión, esa especie de 'duelo final' entre los dos personajes donde, a base de pura fuerza literaria, cada uno tiene lo que se merece... y el lector casi salta en su asiento. ¿Quién será Mariana?, nos preguntamos al concluir. ¿Existirá realmente? Yo sospecho que sí... Y nos gustaría conocerla, puesto que tras leer la novela sabemos que nunca abandonará nuestros corazones. Nos gustaría verificar que existe, puesto que tras leer 'Papel picado' la amamos para siempre. Gran literatura emocionante, ajena a géneros y etiquetas. Literatura de Rolo Díez, que vivió y sufrió lo que cuenta y, al final, ha condenado a los verdugos con el peso inapelable de su palabra. Tampoco él abandonará nunca nuestros corazones.